

## EN MEDIO DE LA NADA

Nos acabábamos de conocer. Nos aventuramos porque a los dos nos urgía esa necesidad de escaparnos un poco de la agobiante realidad. Nunca nos habíamos visto, sin embargo me bastó con una foto para arriesgarme a pasar varios días viajando, lejos de casa. Elegimos el sur como objetivo final. A los dos nos seducía la idea de estar solos en medio de la nada y usar el frío como excusa para acurrucarnos y que el encierro, la soledad y la nieve hicieran el resto.

Durante el viaje hablamos incansablemente, pasando por todo un arco iris de estados de ánimo, rompiendo la barrera del miedo, de la vergüenza.

Alquilamos una típica cabaña digna de una postal: el paraíso nos esperaba para seducirnos aún más, para sorprendernos. Habíamos llegado luego de atravesar un largo camino lleno de nieve que no podíamos dejar de fotografiar.

Bajamos nuestras cosas del auto, estiramos los brazos, las piernas y caminamos ansiosos hacia la puerta de entrada. Nos sorprendió que estuviera cerrada con llave, habíamos combinado con los propietarios que avisaríamos cien kilómetros antes de llegar para que nos dejaran las llaves a mano y nos encendieran la calefacción. Y así fue por nuestra parte, avisamos, nos confirmaron y continuamos hasta llegar. Al encontrar la puerta cerrada reclamé por teléfono, y si bien se disculparon, tardarían dos horas en llegar para abrirnos. Aún sonrientes, guardamos nuestras pertenencias en el auto, nos pusimos las botas de nieve y caminamos por los alrededores.

Al regresar vimos el auto abierto de par en par, vacío. Corrimos y entramos en la cabaña. Encontramos una nota que decía: "Como verán pudimos abrir la puerta y notamos que hay algunos desperfectos en el techo, por lo cual tomamos de sus bolsos algo de ropa para tapar de forma improvisada las goteras. Para esto nos subimos a la cama y al pararnos sobre ella, se rompió el elástico de madera, así que nos la llevamos para repararla, volvemos en un rato".

Una locura total. Sólo un demente sería capaz de semejante cosa. Claro estaba que no podíamos quedarnos ahí, acordamos volver al auto luego de tomar nuestras pertenencias y buscar un lugar donde dormir y asearnos, en la ciudad.

Una vez dentro del auto noté que no tenía las llaves, sin embargo recordé que las había dejado puestas. Claro que las llaves no estaban puestas ni estaban en ningún lado, sólo había, colgando del tambor de la cerradura un cartel desesperanzador que decía: "Vimos que dejaron las llaves puestas del auto, nos las llevamos por seguridad, volvemos en un rato". Creímos que llamar a quienes nos habían alquilado la cabaña era lo mejor, de haber tenido batería y señal en el celular, por supuesto.

La noche estaba cerca y nadie nunca regresó ni por las goteras, ni por la cama, ni por las llaves del auto.

Intenté no mostrar mi angustia y me fui a recorrer el bosque, tal vez encontraría algunos troncos secos para hacer un fuego y pasar la noche. Tuve la suerte de encontrar varios, no muy

lejos. Ella se había quedado en la cabaña intentando secar algo de la ropa que colgaba del techo, con el secador de pelo que había traído.

Al cabo de cuarenta minutos, regresé a la cabaña y vi un improvisado colchón hecho con bollos de ropa seca, sobre un rincón de la habitación. En el espejo del baño, un cartel que decía: "Disculpanos, ella tenía mucho frío, nos la tuvimos que llevar, regresamos en un rato".

Sólo y a los gritos que nadie escuchaba, no sabía si estaba enloqueciendo lentamente o si ya estaba completamente loco. Grité, caminé, corrí hacia los cuatro puntos cardinales y volví a la cabaña. Sobre el único mueble que había, estaba esta lapicera y un cuaderno donde relato esta historia ahora, sin saber si soy un rehén, un soñador o un condenado a muerte escribiendo sus últimas palabras.